

# Reportaje a El Servidor de Dos Patrones



## **El trabajo actoral frente al personaje y al director**

**Gabriel Prieto**

Actor

Quiero comenzar por ser muy sincero con los lectores de Revista Apuntes y contarles que las palabras que están leyendo son probablemente -sin exagerar- el undécimo intento de escribir lo que ha significado para mí el haber sido parte del elenco de la obra **El servidor de dos patrones**.

Cuando María de la Luz Hurtado, directora de la Revista, me propuso la idea del artículo, me dio un poco de susto, porque nunca he sido muy dado a escribir mis experiencias (prefiero contarlas verbalmente) y también porque pienso que cuando uno cuenta una experiencia no sé hasta qué punto la cuenta como realmente ocurrió o como quisiera que hubiese ocurrido. Además, es difícil objetivar las cosas cuando todavía están tan frescas en la memoria. De hecho, al momento de escribir estas líneas, la obra todavía está siendo representada; ya hemos superado las 120 funciones y aún queda un mes más en cartelera.

Valga la explicación anterior para decirles que mi acercamiento al tema será de la manera más simple y clara, sin temor de parecer simplista o "pueril

y anecdótico" (frase acuñada en la Escuela de Teatro de la UC).

Cuando me informaron que había sido escogido para encarnar a "Truffaldino", la primera parte de mi organismo que se puso en actividad fue mi estómago, el cual de ahí para adelante se convirtió en una especie de nudo ciego de pura tensión, nudo que tuve que deshacer a fuerza de puro trabajo psicológico para autoconvencerme de que podía salir adelante. Me bajó como una especie de hipocondría actoral (o sea, juraba tener todos los defectos que un actor puede tener). Lo único bueno de todo esto, es que me sentía super identificado con Woody Allen.

Ahora, pienso que ese susto provenía no tanto por el hecho de ser el "protagonista" sino por ser "el personaje cómico" de la obra. Siempre he pensado que hacer reír es una cosa muy seria y que la escuela de la risa se tiene o no se tiene. Adivinen cómo me consideraba yo: exactamente el tipo más fome del planeta; como se podrán dar cuenta, había decidido cargar todo el peso del mundo sobre mis hombros, cual atlas tercermundista.

Los ensayos al fin comenzaron (a Dios gracias) y eso me ayudó en gran medida a deshacer el nudo estomacal. Debo reconocer que me divertí mucho, en especial en la primera etapa de trabajo, en la cual Ramón Griffero, nuestro director, nos propuso un juego, el cual consistía en que cada uno de nosotros hiciera su "tontito" (o sea, aquel hermanito feo y loco que cada uno tiene encerrado y que no deja salir nunca).

Los resultados fueron excelentes, para terminar en el suelo, de la risa (los ejercicios que se realizan cuando se ensaya una obra darían material y tema para una creación fantástica, porque tienen ese grado de genialidad que proyecta todo lo espontáneo y que por desgracia son irrepetibles).

Eran estos "tontitos", personajes de sueño, que no respondían a nada lógico, pasaban de un tema a otro y de un estado de ánimo a otro sin ninguna transición; de lo exultante a lo depresivo de manera genial.

Estos eran ejercicios para rescatar el "impulso" actoral. Ese gran problema que tenemos los actores. La lucha constante por no perder el "impulso" que impele a los personajes y que los hace actuar de una determinada manera. Pero ocurre que el "impulso" no funciona igual cuando viene de algo tan propio de cada uno como era "el tontito", a cuando tenemos que desentrañarlo del texto dramático. Ahí, por lo general, el impulso se nos esconde y no hay caso de convencerlo para que vuelva a salir; entonces el actor comienza a repetir el texto que está escrito, pero al no encontrarle sentido, comienza a colocarse inseguro.

En el caso mío, Truffaldino, mi personaje, no quería aparecer por nada del mundo, yo no sabía por qué, si lo había intentado todo. Sabía tantas cosas de él: que era cómico, pícaro, hambriento, fresco, ingenioso, torpe, enamorado, etc. Pero al parecer sabía tanto, que cada vez que subía al escenario entraba tan lleno de bultos (conceptos), que me era imposible intentar hacer nada.

Griffero acudió en mi ayuda y detectó el problema: no actúes lo cómico, ni lo simpático, simplemente actúa, realiza las acciones, di los textos, y ahí nos daremos cuenta cuán simpático, cómico, pícaro o hambriento es Truffaldino.

Creo que Truffaldino es el personaje con que más he aprendido en términos de entender que la mejor manera que tiene un actor para realizar su trabajo es asumirse con todos sus pros y contras, y sobre esa base real, construir un carácter con honestidad, elemento tan necesario en la creación artística.

No hay que olvidar que existe un personaje llamado "director" que también tiene una visión del personaje, que considera que es la más adecuada para su concepción general de montaje.

En este sentido, Ramón Griffero fue de gran ayuda para mí. **El servidor** ha sido la segunda obra que he hecho bajo su dirección, y puedo decir que trabajar en un montaje con Griffero es siempre una aventura con mayúsculas. Pienso que las puestas de Griffero tienen una fuerza expresiva visual y una limpieza gestual casi de coreografía que las hacen de gran belleza y calidad teatrales.

Ahora bien, si uno como actor espera de Griffero una dirección en los términos que los actores entendemos la palabra dirección (ayuda en el trabajo interno, dar las motivaciones, el por qué, las transiciones, el subtexto, etc.), puede sentirse completamente defraudado e incluso llegar a la angustia más negra. Ramón reconoce hidalgamente no manejar conceptos de dirección actoral. Por lo tanto, sus indicaciones son más bien pautas de movimiento escénico, pero contienen información muy rica para el personaje; le dan su exacta ubicación dentro del espacio y dentro del argumento. Siempre está trabajando la visión global; por lo tanto, pide a sus actores que depositen su confianza escénica en él, por lo menos en cuanto a desplazamiento y gestualidad se refiere, porque dentro de la forma por él diseñada, permite toda la libertad al actor para que cree su personaje. Esta visión a veces está refida con el punto de vista del actor, pero finalmente uno siempre termina dándose cuenta que la postura propia obedece más bien a la visión individual del actor con la intención de acomodar la escena y la acción a su personaje, y no al revés.

Esto es un proceso lento, que muchos actores no están dispuestos a seguir, y su actitud no es criticable, es cuestión de opciones; lo que sí me parece no aportador es descalificar al director cuando uno no puede asimilarse a su forma de trabajo. Creo

que lo mejor sería que cada parte -actor y director- tratara de ponerse en el lugar de la otra para lograr un mejor entendimiento.

El proceso de creación de los personajes fue increíblemente coincidente con el proceso de construcción de la escenografía. Cada día que pasaba en que aparecía una nueva puerta, un balcón, un puente, se tenía la sensación de ir encontrando nuevas facetas del personaje escondidas en cada recoveco del escenario, en la medida en que "Venecia" fue apareciendo y, con ella, aquellos seres que sólo ahí podían habitar, y en esos momentos toda la planta de movimiento, previamente determinada, adquiría una completa coherencia con ese espacio.

Para redondear estas líneas, quisiera decir que, de entre las muchas cualidades que admiro de Griffero, destaca su afán de privilegiar al montaje por sobre todo, ya que, sin descuidar las actuaciones, éstas siempre están vigiladas por su mano para evitar que se salgan del estilo y de la propuesta

general del montaje. Creo que esto es bueno por una sencilla razón: cuando se nos critica a los actores, siempre nos duele más la crítica a nuestra actuación que a la obra en que participamos. No nos parece mal "salvarnos" nosotros y que la obra sucumba.

Sinceramente, una de las cosas que agradezco de este montaje es ese sentimiento generalizado de que todos estamos creando la obra y de que la responsabilidad de sacar cada función adelante es enteramente grupal.

Por último, agradezco y pido a la Escuela de Teatro que esta apertura que ha comenzado en el Teatro UC con la incorporación de Griffero como director de una obra, con la posibilidad de que gente como Alfredo Castro y su grupo puedan presentarse allí, no sea sólo una coyuntura sino que se transforme en una política cultural. De dar cabida a la gente que está en la vanguardia del teatro chileno hoy en día y a la propia gente que esta Escuela ha formado y seguirá formando.

**"El Servidor de Dos Patrones":** Mario Montilles, Elsa Poblete, Rolando Valenzuela, Alexei Vergara, Elvira López, Ricardo Balic, Erto Pantoja, Gabriel Prieto, Karin Wilkomirsky, Josefina Velasco, Eduardo Soto y Claudia Gwynn  
**(Foto: Ramón López).**

